

Hacia la luz

Los ciegos en el teatro de Antonio Buero Vallejo

Escena de *En la ardiente oscuridad*. Teatro María Guerrero, Madrid. 1950.

Foto: Gyenes.



DESPUÉS de haber escrito muchas páginas acerca del teatro de Buero Vallejo, una parte considerable de las cuales tenía por objeto analizar el significado que les puede haber a los personajes ciegos, me siento en el fondo insatisfecho, tanto de mis análisis como de las conclusiones que he ido obteniendo en cada momento.

[Enrique Pajón Mecloy]

El hecho de que los ciegos se molestasen tanto en el otoño de 1950 por la aparición en la escena de *En la ardiente oscuridad* era, por una parte, una reacción explicable por la euforia que los ciegos españoles estábamos viviendo en aquellos momentos tras unos logros claramente valiosos, sobre todo en el campo educativo, pero, además, los motivos políticos habían actuado de manera soterrada, infiltrándose en el mundo de los ciegos para soliviantarlos contra, como se decía: “ese tal Buero que se piensa que los ciegos son unos amargados”. A mí, entonces alumno del Colegio de Ciegos de Madrid, me negaron mi iniciativa de comprobar por mí mismo lo que en la obra se decía. Sólo años más tarde leí *En la ardiente oscuridad* y, con sorpresa, fui descubriendo

que en nada coincidía con aquellas actitudes que se le atribuían a la hora de organizar aquel revuelo. Los personajes ciegos tenían un claro valor simbólico, y el traerlos a escena nada tenía que ver con los ciegos como tales, salvo la pertenencia al género humano de la que los ciegos no estamos excluidos.

Fruto de mis consideraciones nacieron dos artículos: “¿Ciegos o símbolos?”, que publiqué en la revista *Sirio* en abril de 1962 y, meses después “De símbolos a ejemplos”, que apareció en la misma revista en el número correspondiente al mes de enero de 1963. Volví sobre el tema, como digo, en multitud de ocasiones, pero todavía ahora, después de cuarenta años, me sigue preocupando el significado profundo que tiene la ceguera en las obras de Buero y que sólo sale a la superficie al modo de un síntoma.

Ser ciego, aparte de que se posea o no el sentido de la vista, aparte de que se vea o no el entorno en el que el hombre discurre, expresa uno de los mayores



conflictos de la condición humana. No se ve porque no se comprende, no se accede a todo un mundo que constituye el ámbito de los verdaderos intereses humanos. A veces se presenta este ámbito como el de la trascendencia, pero orientar la interpretación en ese sentido equivaldría a mutilarla porque lo que el hombre no alcanza a ver no está sólo en el más allá, está en primer lugar en el hombre mismo, en el cada uno que reflexiona sobre su propio sentido y también, y quizá con un dolor todavía más intenso, en la comprensión del otro y en ser comprendido por ese otro que se nos aproxima. En este sentido me iluminan las palabras de Ignacio, el protagonista de *En la ardiente oscuridad*, que, cuando se proponen buscarle una novia como solución a su amargura, dice con el tono más rotundo:

“No necesito una novia. ¡Necesito un ‘te quiero’ dicho con toda el alma!” “Te quiero con tu tristeza y tu angustia; para sufrir contigo, y no para llevarte a ningún falso reino de la alegría”. (Obra Completa, Espasa Calpe, 1994, vol. I, p. 89).

Si ahora recordamos que en *La tejedora de sueños* Euriclea, la nodriza, es ciega a pesar de que en Homero veía, tengo la impresión de que el motivo radical que hace a Buero introducir esta variante es el hecho de que Euriclea tiene una sensibilidad que destaca en su medio. Podríamos hablar también del ciego de *Un soñador para un pueblo*, el vendedor de *El Gran Piscador de Salamanca* y de el *Diario Noticioso, Curioso y Erudito*, de quien Esquilache llega a decir al final de la obra:

“Ese ciego insignificante llevaba el destino en sus manos. Nada sabemos. Tan ciegos como él, todos...” (O. C., Vol. I, p. 836).

Parece también aquí que es una especie de exceso de visión lo que nos descubre una ceguera que todos tenemos. Buero expresa así su denuncia disfrazada de símbolo, muchas veces repetido y siempre distinto, quizá el símbolo generador de toda su creación dramática. La muchedumbre organizada contra Esquilache rompe todos cuantos faroles encuentra a su paso, hasta dejar a la ciudad a oscuras; es la respuesta a las inquietudes de un ministro que tuvo la audacia de soñarnos como pueblo despierto, cultivado.

El ladrillazo que rompe la farola en *Las trampas del azar* tiene un alcance significa-

tivo, representa un acto que obliga a pensar nuestra cultura desde esa lucha controvertida entre luz y tinieblas, entre iluminismo y oscurantismo que nos configura.

Pedro Briones en *Las Meninas*, casi ciego, adivina el mensaje que el cuadro proclama:

“Un cuadro sereno: pero con toda la tristeza de España dentro. Quien vea estos seres comprenderá lo irremediamente condenados al dolor que están. Son fantasmas vivos de personas cuya verdad es la muerte. Quien los mire mañana lo advertirá con espanto... Sí, con espanto, pues llegará un momento, como a mí me sucede ahora, en que ya no sabrá si es él el fantasma ante las miradas de estas figuras... Y querrá salvarse con ellas, embarcarse en el navío inmóvil de esta sala, puesto que ellas lo miran, puesto que él está ya en el cuadro cuando lo miran... Y tal vez, mientras busca su propia cara en el espejo del fondo, se salve por unos momentos de morir. (Se oprime los ojos con los dedos.) Perdonad... Debería hablaros de los colores como un pintor, más ya no puedo. Apenas veo... Habré dicho cosas muy torpes de vuestra pintura. He llegado tarde para gozar de ella.” (O. C., vol. I, pp. 892-893).

También el ciego psíquico de *Llegada de los dioses* puede entenderse como una alusión a que esa divinidad que no posee, porque los dioses que llegan son seres humanos, es una divinidad que requiere más que nada hacerse conscientes de la propia ceguera.

A partir de la metáfora de la ceguera descubrimos otra metáfora, la metáfora de la luz, una de las más usadas en occidente, hacia la que tienden casi todos los conflictos con la ceguera presentados por Buero. De lo que se trata es de realizar los mayores esfuerzos para ver con ojos propios y no con prejuicios ni directrices preestablecidas nuestra propia condición. La oscuridad nos envuelve y de ahí la propuesta última que podemos encontrar en las obras de Buero y que yo en otras páginas he calificado de “voluntad de luz”. El inagotable símbolo de la ceguera que Buero Vallejo trae tantas veces a escena quizá sea algún día estudiado en profundidad por los filósofos y así podremos aprender a ver de una manera diferente, con nuevos alcances.

Ser ciego, aparte de que se posea o no el sentido de la vista, aparte de que se vea o no el entorno en el que el hombre discurre, expresa uno de los mayores conflictos de la condición humana.